

Sergio Pitol en China

Un viajero y su fuga

Pilar Jiménez

*De la única influencia de la que uno debe
defenderse es de la de uno mismo.*

Sergio Pitol

I

“¿Le traigo un exprés cortado?’, me preguntó la mesera con un inglés, que aunque no bien pronunciado, me era fácil entender.

“Sí’, le respondí con asombro y pensando: qué buena memoria de esta jovencita china. Era la segunda vez en una semana que me sentaba en el mismo café del barrio de Sanlitum, y esa chica, además de recordarme, podía saber lo que quería beber, sorprendente.

“Había vuelto a China cuarenta y cuatro años después de haber estado allí por primera vez. El hecho de encontrarme con decenas de cafecitos con terrazas, en la zona de embajadas de Beijing, era apenas una anticipación de los grandes cambios que había experimentado ese país del que me había marchado en 1962, tras vivir ocho meses, aterrorizado al ver el rompimiento de los chinos con los soviéticos y las primeras señales de lo que después sería la temible Revolución Cultural.

“De manera que en 2006 China era simplemente otra.

“Mi fascinación no terminó allí. Al levantarme de la mesa para marcharme, la jovencita de rostro blanco y redondo me llamó. Tardé en poder preguntar si había olvidado pagar, pues mi cerebro padecía ya los trastornos del lenguaje.

“Señor, señor’, me dijo. ‘Espere. ¿Esto es suyo?’, y me alcanzó casi corriendo para entregarme un saco azul marino que había comprado a mi llegada a Beijing en un lujoso centro comercial para chinos ricos —nuevos ricos en el sentido literal de la expresión—. De súbito sentí un gran alivio de ver el Giorgio Armani que había adqui-

rido para ponerme en mi lectura y firma de libros en la prestigiosa librería Wangfujing, y que me serviría más tarde para la cena que el entonces embajador mexicano en China, Sergio Ley, daría en mi honor.

“Concibiendo aquel momento como una celebración de la vida, me fui caminando en silencio por esas calles de Sanlitum, enmarcadas por enormes sauces llorones de colgantes ramas verdes, que hacían más elegante el legendario barrio diplomático de Beijing.

“Esta vez no había perdido los anteojos como cuando llegué años atrás a Venecia y en muchas otras ocasiones; pero sí tenía la más firme voluntad de perderme nuevamente en ese país, perderme como siempre y, sin embargo, seguir siendo un extranjero.

“Me puse el saco, y al meter la mano en una de las bolsas, me encontré con trescientos dólares en efectivo que, intactos, habían esperado mi reencuentro. Allí comprendí que China había cambiado económicamente, pero la gente seguía siendo la misma”.

II

Sergio Pitol pasó en junio de 2006 cerca de tres semanas en China. Dos meses antes, a sus setenta y tres años, había recibido en Madrid el Premio Cervantes de Literatura, y desde ese momento su agenda estaba plagada de invitaciones y honores por todo el mundo hispánico.

Sin embargo, la invitación que más llamó su atención fue una carta que recibió del Instituto de Literatura Extranjera de la Academia China de Ciencias Sociales, para ofrecer una conferencia magistral sobre la biografía de Miguel de Cervantes. Además, la agenda de actividades incluía diversas presentaciones, charlas y firmas de dos de sus libros, los primeros traducidos al mandarín: *La*



Sergio Pitó caminando en el Parque Ritan



Con periodistas chinos después de una conferencia

vida conyugal y *El arte de la fuga*, en versiones que habían requerido un par de años de trabajo a sus traductores. Al volumen de *La vida conyugal* se añadía también una selección de cuatro cuentos de Pitó: “Amelia Otero”, “Ícaro”, “Del encuentro nupcial” y “Nocturno de Bujara”.

Pitó aceptó pensando en que podía ya cumplir su ideal de escritor: viajar al extranjero en primera clase, con todos los gastos de alojamiento incluidos, un pago por derechos de autor, y con cierta libertad para hacer lo suyo, amén de atender los compromisos del viaje.

Pitó quería reencontrarse con el único país al que no había vuelto desde que inició su aventura errante por el mundo en 1953, cuando era un joven que estaba por cumplir los veinte años y zarpó hacia Cuba, y cuando, sin ser del todo consciente, estaba quemando sus naves para iniciar veintiocho años de viajero, que no de turista, en un deambular por el mundo durante el cual se desempeñó como traductor, agregado cultural y embajador, en ciudades como Beijing, Budapest, Belgrado, Varsovia, Roma, París, Moscú, Barcelona y Praga.

III

Pitó llegó por primera vez a China a finales de 1961 y se quedó ocho meses. El objetivo era realizar una serie de entrevistas con intelectuales y políticos chinos para Radio Universidad, un encargo que le hizo el dramaturgo español Max Aub.

“Entonces López Mateos estaba pensando abrir relaciones diplomáticas con ese país asiático, pero no fue posible debido a la presión que Estados Unidos ejerció sobre el gobierno mexicano”, recordó Pitó en la conversación que sostuvimos casi al final de su viaje y de la que he recuperado la cinta para esta entrega.

Una vez en Beijing, en la revista *China Reconstruye* (ahora con el nombre *China Hoy*), le ofrecieron trabajo como “experto extranjero” para corregir libros de escri-

tores chinos clásicos y contemporáneos traducidos al francés y al español.

“Al principio todo estaba muy bien. Me gustaba la gente que había en la editorial: intelectuales muy interesantes que me invitaban los fines de semana a pasear o a comer, y extranjeros con los que me reunía. Teníamos jornadas de trabajo de cuatro horas y a la mitad del horario había media hora para tomar té, conversar o hacer ejercicios. Casi todos formaban parte de la burguesía nacionalista que no se quiso ir a Taiwán, y que aquí eran necesarios porque conocían la historia de la literatura. Todos esos intelectuales eran protegidos por la esposa de Sun Yat-sen, la señora Soong Ching Ling.

“Pero de pronto una franja de libertad se cerró súbitamente al iniciar la guerra fría entre China y la Unión Soviética. En ese momento hubo una tensión interna que fue el principio de la Revolución Cultural. De un momento a otro ya no podías hablar con los chinos, ni con los extranjeros. Todo era silencio, tensión. Me sentía disgustado. Yo no pude, no quise seguir, a pesar de que ya había firmado un contrato por dos años con la revista; así abandoné Beijing. En esas circunstancias no me interesaba trabajar en China”, me contó en aquella charla que transcurrió una tarde de verano, en un departamento que la embajada de México en China reservaba entonces para visitantes distinguidos.

Aquel día Pitó había vuelto de visitar la casa-museo del dramaturgo Lao She, en el distrito de Dengshi Xijie, a unas calles de La Ciudad Prohibida, en el corazón de Beijing.

“Yo había leído a Lao She, en italiano y en francés, y lo admiraba enormemente. Recuerdo que en 1962 fui a entrevistarlo con la ayuda de un traductor. Fue un día extraordinariamente emotivo. Cuando estuve en su casa, de enorme puerta de madera roja y ladrillos grises, una construcción tradicional de patio central, quiso mostrarme primero su fenomenal biblioteca y luego su hermoso

jardín. A los pocos minutos de que comenzamos la entrevista, llegaron cinco o seis personas y se sentaron allí para escucharnos. Todos, también Lao, estaban vestidos con pantalón y saco azul estilo mao.

“Lao She había sido maestro de literatura clásica china en Oxford, y se hubiera podido quedar al triunfo de la revolución maoísta; sin embargo, volvió a su país porque creyó en la República. Pese a ello, sufrió terribles humillaciones a manos de los guardias rojos, lo que lo llevó a suicidarse en 1966.

“Fue en Italia cuando me enteré de que destruyeron su casa y quemaron sus libros; el diario aseguraba que Lao se suicidó arrojándose al río. La noticia me afectó mucho. Junto a esa información había otras que hablaban de ejemplares castigos a intelectuales y políticos durante la Revolución Cultural. En ese momento pensé que no volvería jamás a China. Jamás se me hubiera ocurrido regresar a ese pasado.

“Pero ahora lo sé: valió la pena reencontrarme con China; me sentí sumamente sorprendido, atónito de felicidad. No la imaginaba así; pensé que [China] todavía estaba muy encadenada psicológicamente, y ahora que he visitado algunas librerías veo que está muchísimo más libre de lo que dice la prensa occidental. En un diario había leído que los libros del Premio Nobel, Gao Xingjian, no se podían conseguir, y sin embargo hoy compré un ejemplar en inglés en la librería para extranjeros.

“Estoy pensando volver cada año para ver cómo sigue avanzando este país”, sentenció sonriendo.

IV

Al cuarto día de estar en China, el 13 de junio, Pitol participó como ponente principal en el Congreso de Literatura y Viaje, que celebró la Universidad de Xi'an, con una ponencia de su serie titulada “Viajar y escribir”, y donde contó de la preocupación que le aqueja por sobre todas las demás: su dificultad para pronunciar las palabras.

Allí Pitol narró un viaje a La Habana, en mayo de 2004, durante el que se sometió a un tratamiento en una clínica neurológica, especialmente en la sección de logopedia y foniatría. Contó del tratamiento al que fue sometido: “extracción de la sangre, para enriquecerla con ozono en un recipiente al alto vacío y devolverla al organismo por la misma vena, en no más de una hora”.

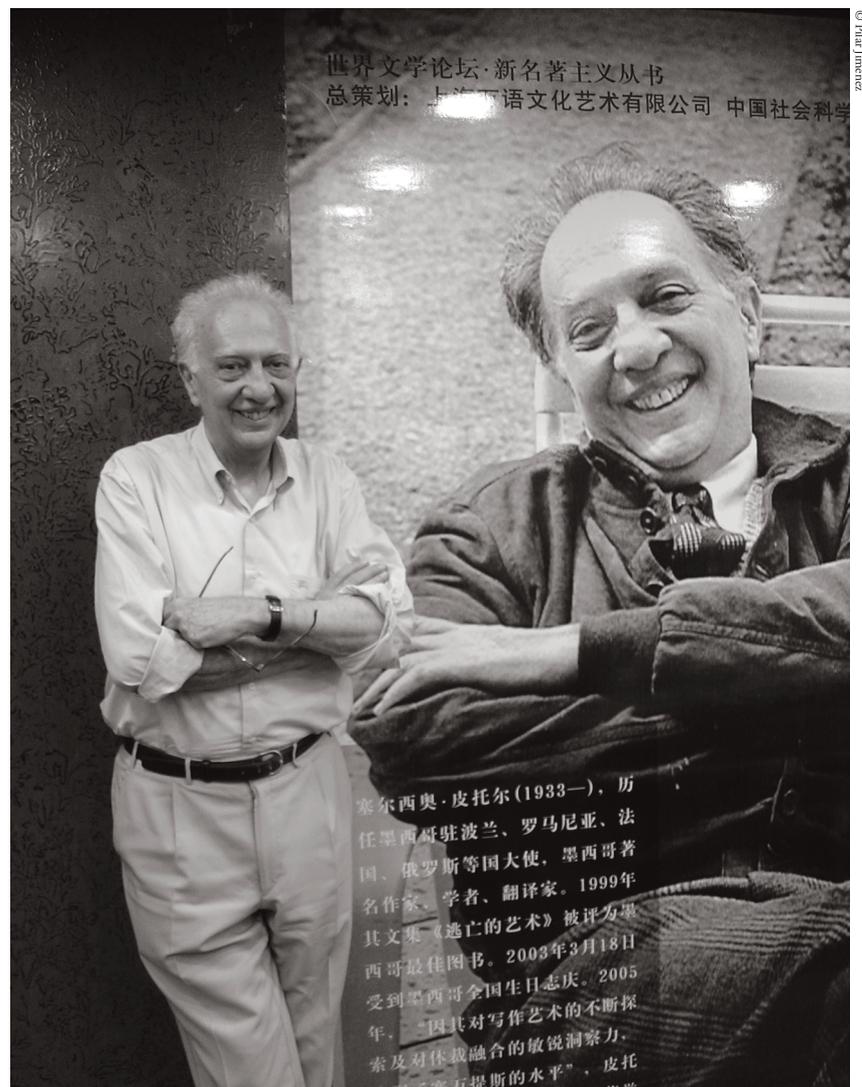
“En los primeros momentos me sentía Hans Castorp [el enfermo protagonista de *La montaña mágica*, de Thomas Mann], llevando una vida de exámenes médicos y curaciones en un lugar aislado. Al instante me desdije; nuestras circunstancias son totalmente diferentes: su sanatorio se hallaba en una montaña ceñida eterna-

mente por la nieve y en mi *spa* caribeño yo estaba rodeado de palmeras, buganvillas y plantas tropicales y el calor era abrumador. Otra diferencia es que Castorp llegó a su montaña mágica algo así como a los veinte años y yo me matriculé en La Pradera [centro internacional de salud en Cuba] a los setenta y uno.

“Hacía muchos meses que no lograba escribir. Se me escapaban las palabras, me confundía con las conjugaciones y las preposiciones, se me paralizaba la lengua. A los cinco días después del tratamiento comencé a escribir un diario”, recordó Pitol.

“Todo eso lo escribí en un diario para establecer un diálogo conmigo mismo, como un conducto para eliminar toxinas venenosas. Al escribir recordé mi primer viaje a La Habana en 1953 y me sentí pasmado por el joven que he sido. Me resulta difícil creer que aquel muchacho fuese el anciano que con esfuerzo recuerda hoy un capítulo tan lejano. Prefiero escribir ahora como si yo no fuera el otro”.

Días después, en nuestra conversación abundó en el diagnóstico: “En Cuba estudiaron los resultados de unas resonancias magnéticas y corroboraron que mi cerebro estaba bien, como me lo habían dicho los especialistas en México; mi problema del lenguaje, dijeron,



En la librería de lenguas extranjeras Wangfujing

puede ser resultado de fatiga o de temor a las vicisitudes de la vejez”.

v

“Dice Juan Villoro que usted en su literatura cultivó un jardín sembrado de brotes originales y aguardó a sus lectores con una paciencia que quizás aprendió en China”, le comenté a Pitol en un momento de nuestra charla.

“Ahora sí creo que la narrativa clásica me influyó porque mi literatura cambió a partir de ese viaje. Durante mi estancia en China, escribía una novela por las noches, de nueve a dos de la mañana. El escenario era Tepoztlán, entonces un pueblo pequeñito, y los personajes eran mexicanos. En marzo tuve que ir a Varsovia para que me sellaran la cartilla y allí se perdió esa historia, que era muy común y corriente. A partir de ese momento intenté escribir distinto; salí de las inepticias del realismo mágico, me interesé definitivamente por la forma, y comencé a narrar de manera más artística, algo que tenía que ver con lo que estaba leyendo y viendo en China, ya en otro espacio con una visión oblicua y onírica. Me

sentí una fuente ubérrima de historias, y experimenté la libertad absoluta.

“Tengo un cuento en el que narro China sin decirlo. Allí están los sentimientos de amargura que me provocó el terror que sentí. Se llama ‘Hacia Occidente’, y relata el tedio que sentía hacia los orientales de los que, en ese momento, nada podía preverse. Ahora lo voy a cambiar por esta felicidad que percibo en todos lados. Me sorprenden los mexicanos que han venido y vuelven contando cosas horribles de China”.

“Es que quizá no son viajeros como usted”, le comento.

“Claro que no. Un viajero es un ser que está pensando y viviendo una sorpresa, un milagro que no sabe cuándo va a terminar”.

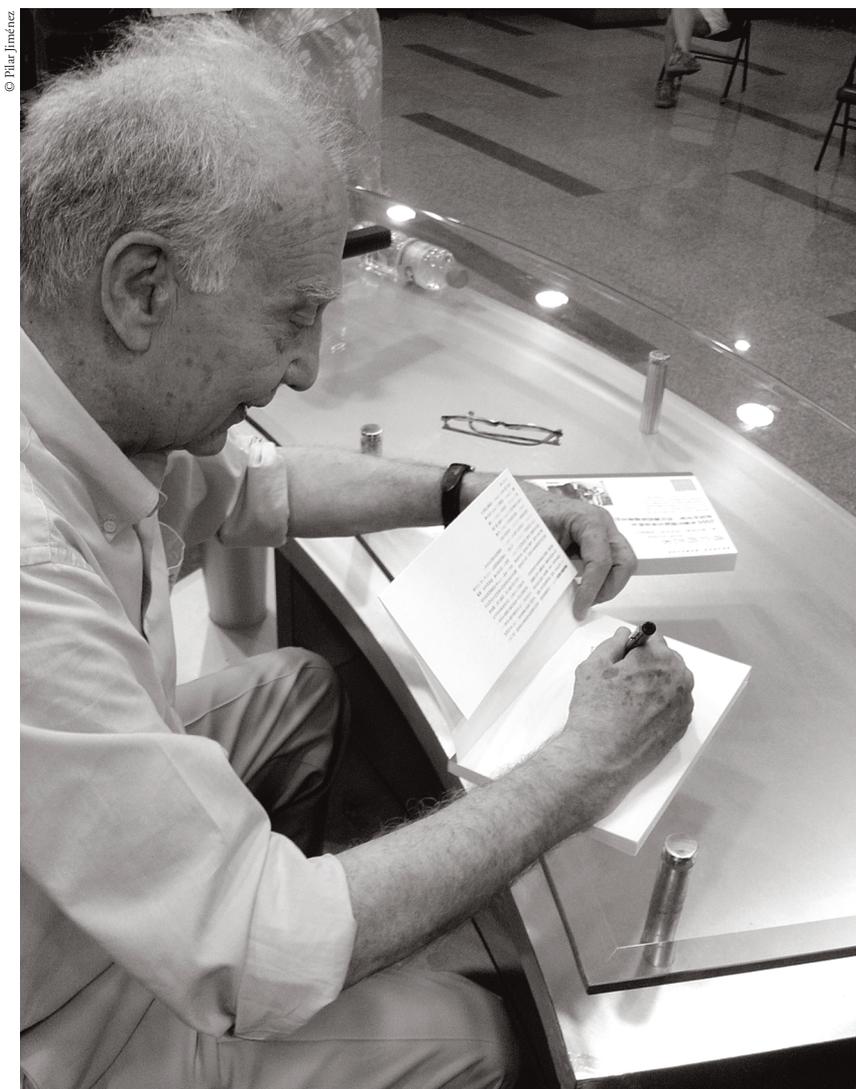
“¿Qué le parece la selección de los dos libros que han escogido para traducirlo al mandarín? Quizá ya le advirtieron del problema de traducción en el título *El arte de la fuga*, que en chino mandarín se llama simplemente *El arte de escapar*, de manera que se perdió el doble sentido de la expresión: fuga como escape, pero también como composición musical”.

“*El arte de la fuga* es un libro difícil para traducir pero también para pensar; es más intelectual que *La vida conyugal*, pero les ha gustado porque ya he recibido críticas muy positivas. *La vida conyugal* se inicia con un lenguaje recatado y prudente, el empleo de la mesa familiar cuando hay invitados de respeto y describe cuarenta años de alegre descomposición matrimonial. Mientras en *El arte de la fuga* ‘todo está en todo’; es un libro distribuido en tres secciones: Memoria, Escritura y Lectura. Es una autobiografía elíptica, cordial y de cierta manera extravagante. Es un libro de tonos dolorosos, pero también radiantes.

“La visita a un hipnotista que narro en *El arte de la fuga* fue un experimento terriblemente doloroso, que marcó en mi vida un definitivo parteaguas. En la sesión desobedecí las instrucciones del hipnotista, y me perdí en un laberinto hasta llegar a un espacio atroz: el terror de ver a mi madre ahogada en un río cuando yo tenía cuatro años. Un episodio que había estado oculto. Fue una metamorfosis: muchas cosas se me volvieron coherentes y explicables: toda mi vida había sido una perpetua fuga del terror vislumbrado en mis cuatro años”.

Sergio Pitol fue un niño huérfano, criado por una abuela en una casa rodeada de libros. Primero perdió a su padre a causa de meningitis, después a su madre, y luego a su hermana que murió de “desesperación”. Todo en muy poco tiempo.

Su frágil salud, debido a la malaria, le postró en cama de los cinco a los doce años y lo convirtió en un lector prematuro y voraz para quien el destino reservaba un hueco entre los escritores contemporáneos.



© Pilar Jiménez

Sergio Pitol firmando libros en la librería Wangfujing



Al final de su conferencia sobre Cervantes en la Academia de Ciencias Sociales de China



Firmando libros a estudiantes chinos

“La literatura me salvó la vida”, ha recordado el escritor en múltiples ocasiones.

Al preguntarle qué otros libros suyos le gustaría que se tradujeran al mandarín, responde:

“He pensado que con *Domar a la divina garza* y *El mago de Viena* podría muy bien cerrarse el círculo, porque son una continuidad de mi obra, que es una especie de tejido de Penélope que se hace y se deshace sin cesar, donde una trama contiene el germen de otra que a su vez llevará a otra hasta el momento en que decida poner fin al relato.

Sobre su interés por el budismo, comenta: “Mi amiga Luz Fernández de Alba visitó Tíbet y me contaba tanto de su viaje, que le sugerí escribir un libro. Cuando lo terminó, fui uno de los presentadores, pero pensé que era un error porque yo no sabía casi nada del budismo tibetano; así que me puse a leer más para sumergirme en el tema. Así, pensé que en realidad yo sentía más cercanía al budismo como religión, por el camino a la felicidad y la paz que busca; por su ruptura del ego, y la renuncia al deseo; y también por su analogía con la naturaleza, los animales; y su búsqueda pacífica para relacionarse con los seres humanos”.

Pitol dijo que al dejar China, volvería a Xalapa para continuar trabajando con una novela que ya había comenzado y que retrataría el siglo XIX mexicano: “Nunca he hecho novelas históricas y trataré de hacerla esta vez”.

VI

Sergio Pitol se presentó el 20 de junio de 2006 en la Academia de Ciencias Sociales de China, invitado por su Instituto de Lenguas Extranjeras, para exponer su ensayo biográfico sobre Cervantes. Allí Pitol habló de las enormes lagunas que aún pesan sobre la vida del escritor español, de quien “no sabemos casi nada. No hay

cartas, ni papeles íntimos, ni libros que estuvieran en su biblioteca. Sin embargo su presencia en *El Quijote* es inmensa”.

“No sabemos nada de la niñez y adolescencia de Cervantes, sólo que su padre era un cirujano que rozó casi siempre la miseria. No cursó ninguna universidad. La primera vez que su nombre aparece en letra de imprenta está al lado de unos poemas mediocres. Tenía veintiún años”, dijo Pitol en una minuciosa biografía que es resultado de sus cinco lecturas a *El Quijote*, “un libro habitado de manera omnipresente por su propio autor”.

El director del Instituto de Literatura Extranjera, Chen Zhongyi, un apasionado de la literatura mexicana, y el principal impulsor de las traducciones de Pitol al mandarín, destacó al presentarlo que “su obra muestra una unidad no de espejo sino de radiografía: desde su infancia superó penurias y enfermedades hasta recoger los frutos de la creación, prueba de que la infelicidad infantil puede ser cuna de grandes escritores. Los padres chinos no deberían consentir tanto al hijo único”, añadió Chen.

Traductores al mandarín de literatura hispana, escritores extranjeros y diplomáticos que asistieron a la conferencia hicieron resonar las palabras “infancia y errancia” como sellos que marcaron la vida de Pitol, la infancia como retorno al origen y los viajes como parte esencial de su biografía intelectual. También se hizo mención de la hoja de servicios de un diplomático de fuste y el gran esfuerzo por la promoción cultural de México que hizo este funcionario de la cancillería mexicana, excéntrico e impredecible como sus protagonistas.

En alguna de esas presentaciones, encontramos a la traductora de *La vida conyugal*, y los cuatro cuentos, Zhao Ying, quien habló así del escritor y su obra:

“La literatura, sobre todo la novela latinoamericana que hemos conocido y traducido en China tenía que ver con el realismo mágico, la protesta social o la fantasía ti-

po Borges. Pero Pitol es muy diferente. *La vida conyugal* es como leer la larga carta de un viejo amigo en la que nos habla de su vida cotidiana pero sin ser trivial. Los protagonistas son tan conocidos y a la vez tan desconocidos por esa desnudez tan natural y la revelación psicológica magistral. Así, *La vida conyugal* no es solamente ‘la vida conyugal’, sino una revelación a lo profundo de la contradicción humana. Lo más difícil fue traducir la sensibilidad característica de la obra pitolianna, no exclusivamente mexicana. En los personajes late un corazón universal”.

Para entonces Pitol ya comenzaba a ser famoso en Beijing. A la positiva recepción de sus libros, se sumaba el chat en línea que sostuvo a invitación del portal sina.com, el más grande e importante del país, con un promedio de consultas, en ese entonces, de doscientos millones por día. También asistió a la librería Wangfujing, la más grande de Beijing, para firmar sus libros. Otra tarde había asistido a la One Street Library, una pequeña librería-cafetería, localizada al norte de la ciudad, en la zona de universidades, donde mantuvo una charla con intelectuales chinos de la crítica liberal. Además había concedido varias entrevistas a periodistas locales y corresponsales extranjeros.

Así, aquel verano de 2006 Pitol fue el autor extranjero más reconocible en los círculos literarios y universitarios de Beijing. Una entrevista en la revista literaria de más prestigio: *Xin Lang* (*Nueva Ola*) consagró su visita, demasiado visible —por otra parte— si pensamos en un modesto tiraje de dos mil copias por cada uno de los volúmenes de las modestísimas ediciones chinas, que nos recuerdan su pasado comunista, y a un precio subsidiado no superior al equivalente de cuarenta pesos por ejemplar.

VII

Durante casi todos los días de su estancia en China, casi desde su llegada, Sergio Pitol se sometió a un tratamiento de acupuntura con la doctora Liu Zhaohui, miembro de la Academia de Medicina Tradicional China y del Centro de Entrenamiento del Instituto Internacional de Acupuntura y Moxibustión de Beijing. Una verdadera autoridad internacional.

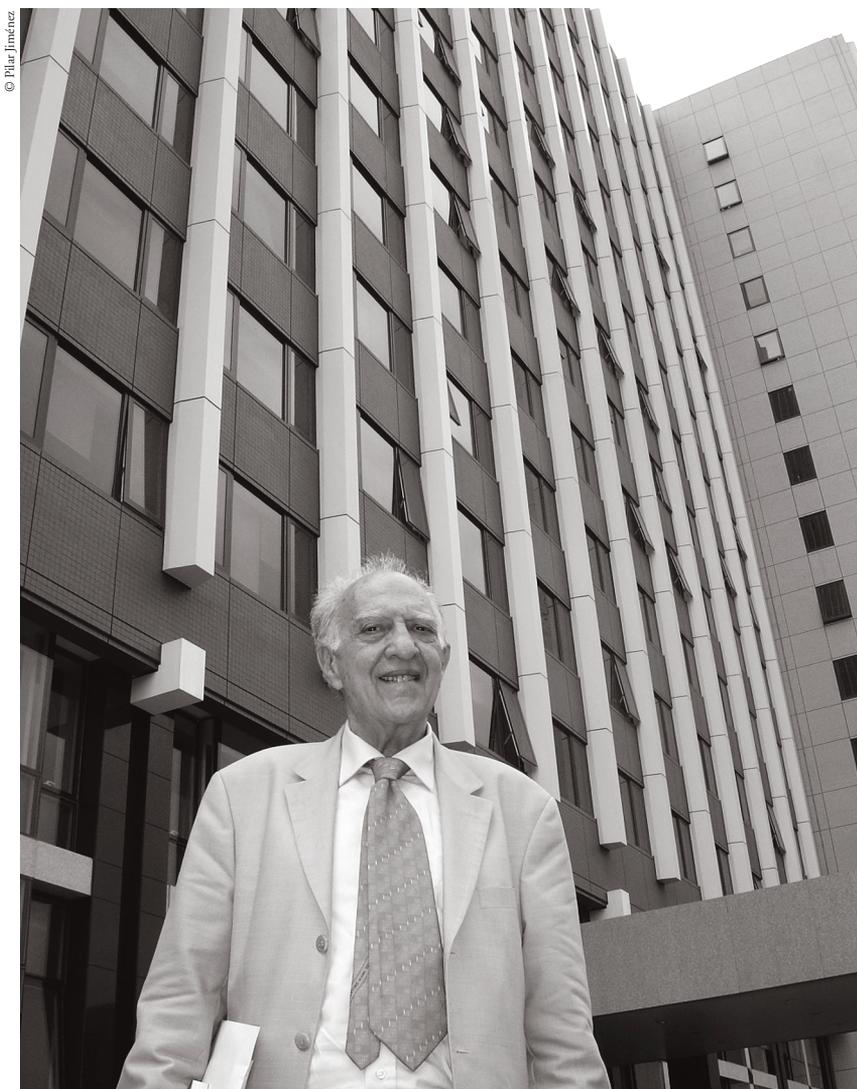
Su objetivo era revertir los problemas del lenguaje que Pitol había venido padeciendo. Lo curioso es que al terminar su sesión de casi dos horas, el escritor lograba articular las palabras y ser nuevamente el conversador de elocuente seguridad, extrema cortesía y curiosidad insaciable por los más variados territorios de la cultura.

Casi siempre por la tarde, la doctora Liu, con más de veinticinco años de experiencia y quien entre sus pacientes cuenta a algunos de los altos dirigentes del gobierno chino, llegaba a las puertas de la embajada mexicana para tratar al escritor al que ya había leído y admiraba —su marido, por cierto, era el número dos de la Administración Nacional de Libros y Librerías en China.

Pitol quedaba maravillado, a veces adormilado del alivio que le predecía cada tratamiento. Después recordaba lo que en algunas sesiones charlaba con su doctora, en inglés. Ella le hablaba de su marido funcionario y de sus viajes por el mundo buscando autores y comprando derechos, le hacía preguntas de sus libros y, sobre todo, le preguntaba lo que con cierto orgullo y como esperando una respuesta ya sabida, todo chino pregunta a un extranjero: ¿cómo encontró a China después de la modernización? Al final de cada sesión, Pitol aseguraba que su cuerpo se despojaba de los dolores y la fatiga, y sentía una nueva, natural y primigenia conexión entre el cerebro y la lengua.

Los esfuerzos de la doctora Liu ayudaron a que en sus conferencias Pitol pudiera articular las palabras, que estaban en su mente, pero su voz tenía dificultad para pronunciar. Sin embargo, la tensión de hablar en público era, la mayoría de las veces, el peor enemigo.

Pitol vivió intensamente su visita. Antes de marcharse me confesó: “Éste es el gran viaje a China de mi vida. Porque es el viaje del eterno retorno”. ■



© Pilar Jiménez

Sergio Pitol frente al edificio principal de la Academia de Ciencias Sociales de China